

Entre realidades y sueños de verano

Es tan bello todo aquello y sobre todo, se percibe tanto el sosiego, la serenidad, tanta la variedad de perfumes agradables, que hasta se siente temor recomendarlo.

Hasta surge la duda si sería conveniente conservarlo así, para goce y disfrute de unos pocos a quienes en realidad por derecho les corresponde, porque son quienes de verdad se encargan de su conservación con su dinero y esfuerzo para que siga; con sus visitas temporales para que no muera de pena y abandono, o habría que divulgarlo profusamente para que el gozo con su contemplación y disfrute, la alegría, la salud que representa, lleguen a más.

En el primero de los casos, no recordarlo, para que se ignore y las gentes no vengan a verlo, supone egoísmo, por cuanto se priva a los sentidos de un seguro alivio y al buscar así protección a los entornos físicos con el decrecimiento de flujos de visitantes, se acelera el agotamiento y desaparición de los habitantes permanentes, con lo que se pone en gravísimo apuro la vida de esos bellos pueblos, tan dignos de mejor futuro.

En el segundo caso, la divulgación desmedida y precipitada, de esos pueblos y paisajes, anclados la mayor parte del tiempo en un letargo peligrosísimo, que les sitúa al borde mismo de muchos y gravísimos peligros, podría llevarles a tener que soportar una afluencia de visitantes para lo que no están preparados, ni estructural ni anímicamente. Se teme la llegada de los irrespetuosos y es costumbre ancestral ver a un enemigo en cada visitante. Y sin embargo, son esos futuros visitantes quienes pueden aportar la inyección de aliento humano y de economía que la zona necesita.

Fijar poblaciones

Se impone una lucha tenaz, sin cuartel, por fijar poblaciones, aunque sean las mínimas, que sigan perpetuando la propiedad de las cosas y de los espacios. Aunando esfuerzos, residentes y visitantes, autoridades; porque se puede conseguir y no a excesivos costos, revitalizar y sacar la zona adelante, explotando racionalmente los recursos forestales y turísticos, propiciando el retorno de mayores a los pueblos, mediante incentivos sociales sobre todo, ideando fórmulas sencillas para un pueblo sencillo, respetando culturas y costumbres, reinvertiendo en la misma zona lo que de ella se saca, enseñando y aprendiendo todos a ser protagonistas y responsables.

No es aspiración desmedida ni a destiempo. Porque aunque los plazos se agotan, todavía hay gente y espacios y los pueblos están ahí,

aún vivos, con buenas infraestructuras, conservadas con tanto esfuerzo y cariño. Pero mañana mismo pueden haber desaparecido, las decisiones políticas son impredecibles, surgen de improviso, de resultados fulminantes y capaces de generar grandes riquezas o sumir a zonas y pueblos en la miseria.

Ya se han invertido grandes cantidades de dinero como para volver la vista a otro lado desviando fondos por rentabilidades más inmediatas aunque sea en lugares no tan nuestros ni tan necesitados. Hay que evitar las deslealtades con generaciones aún supervivientes, que lo dieron todo por su tierra, que un día no lejano parecía que lo abandonaban todo y no ha sido así. Hoy regresan ilusionados, animados al encuentro de lo suyo, de lo poco que queda. Porque ante un futuro nada claro, que nadie te despache de tu tierra, que puedas seguir viviendo en ella, porque es tuya. He aquí un reto para nuestras autoridades, sobre todo las que tienen en sus manos el poder ejecutivo, que suelen ser las que disponen del dinero.

En este caminar paradójicamente incierto y seguro de nuestros pueblos, no deja de ser un tanto alentador, que generaciones de alcaldes jóvenes y con experiencia en la vida, tomen el relevo ilusionado de los ayuntamientos y concejos, para luchar por sus pueblos y paisanos, sin entender muy bien que en los estamentos superiores, se cuiden tanto las apologías dogmáticas y los desmedidos ideales partidistas, a la hora de fijar prioridades que no tienen razón de ser casi nunca y mucho menos a la hora de aplicar los remedios al más necesitado que simplemente pide para poder subsistir.

Se cometen flagrantes olvidos, dilatas que a nada conducen, si no es puramente a satisfacer apetencias, egocentrismos torpes, cuando no mala fe, de los actores que ostentan el poder de turno, el bastón de mando provisional. Porque en las democracias bien explicadas y entendidas, todo es efímero, enseguida se vuelve a los orígenes.

Se impone un apretar filas férreo, estrecharse las manos, sacar provecho de lo que se tiene para un común y mejor disfrute, que nadie te lo quite. Es un reto de futuro que ya casi es presente. Alguien no anda acertado al establecer el orden en acometer las tareas de urgencia, las indispensables al menos para un desarrollo armónico, para lo único que nos queda, la supervivencia.

Teruel y Albarracín

Por mucho que se empeñen y lo disimulen, tanto Teruel como Albarracín, seguirán necesitando esa cercana comarca, y esta Sierra baja de la Comunidad a la que me estoy refiriendo, demanda una

atención urgentísima, que no necesariamente ha de ser costosa en su precipitación. Los núcleos de población aquí, exceptuando Albarracín y Gea, son insignificantes; sobre los mismos, pesa una epidemia irreversible y hasta habrá que pedir ayudas para ampliar los camposantos, tantos son los que en ellos van a ser enterrados. Pero no enterremos también la ilusión de quienes aún quieren seguir uncidos al carro de la esperanza.

Todavía puede llegar a tiempo, si es que llega, ese Decreto 91/1995, aunque se ha quedado corto en su redacción, para convertir el triángulo Albarracín-Gea-Bezas y 15 kilómetros más al sur, en un enorme trasatlántico de 30 kms. de largo, atravesado por el importante Sendero GR-10 y sus ramales, de cuya plataforma emerja salud y vida, que no despeguen jamás de ella máquinas de matar ni se posen elementos que puedan traer la muerte a la Sierra. Puede ser uno de los primeros pasos, después no hay que descansar ni un solo momento hasta conseguir que todos los Montes Universales se salven y corran la misma suerte, vuelva la vida, aunque para ello haya que hacer concesiones a los nuevos tiempos, buscar fórmulas ingeniosas de repoblación humana, aunque haya que modificar costumbres e introducir otras nuevas.

El Gobierno regional debe ser generoso con las zonas más deprimidas y en peligro, incluir en sus presupuestos partidas económicas reales, no teóricas y ejecutar los planes trazados, con la absoluta certeza de que la rentabilidad ayudará a retener a las gentes en su lugar de origen, y esto en Aragón es importantísimo.

Civilización y cultura.

No se trata de unos territorios excesivamente degradados, hay mucho de virginal en los mismos, la “civilización” y la “cultura” destructivas todavía no están arraigadas allí, por suerte, aunque me da pena, cada vez que hablo de las bellezas paisajísticas de mi pueblo y territorios colindantes, con unas supervivientes estructuras de tiempos mejores. Bonitas casas de resineros en plenos pinares, abandonadas a su suerte, pero listas para ser ocupadas otra vez con muy pocos arreglos. Casas forestales bellísimas semiabandonadas que hablan bien a las claras de la incapacidad de gestión del organismo correspondiente; parideras, albergues y corrales que podrían ser fácilmente arreglados y rehabilitados. Y en llegando aquí, no puedo evitarlo, me acuerdo de la preciosa casilla de camineros de Dornaque y critico con la mayor crudeza a los desaprensivos, sean quienes sean, porque no los conozco, que la desmontaron piedra a piedra para

montarse su particular mansión en Teruel.

La realidad nos va a mostrar la utilidad que podría haberse dado a esa casilla. No tenían derecho a cometer semejante tropelía y expolio al patrimonio de mi pueblo, menosprecio y escarnio y burla a quienes la hemos visto habitada y tanto nos gustaba. Pudieron utilizar para sus necesidades o caprichos la piedra del rodeno que tanto abunda por allí, sin privarnos de un edificio bonito y perfectamente integrado en el paisaje, utilísima ahora para actividades turísticas. Como castigo merecerían que les hiciesen llevarla nuevamente a su lugar de origen y montarla otra vez.

Desde una esbelta y luminosa terraza, segundo piso del edificio municipal concebido como casa de cultura, cuando escasamente existían por la Sierra; que alberga un bonito cine listo para funcionar y un coqueto bar muy animado durante el verano, cuando la gente acude al pueblo desde sus diversos lugares de residencia.

Apoyado en la airosa barandilla, mientras pienso e imagino cosas, rememoro recuerdos y aventuras; miro abajo el grupo de edificios municipales, ayuntamiento, casa del médico con su utilísimo consultorio tan visitado por bezanos y de otros pueblos y que presta un servicio inapreciable; pisos de los maestros que ya no ocupan maestros; escuelas convertidas en espaciosos salones sin alumnos; bonita y amplia plaza abierta y arbolada, con rosaledas aledañas; moderno frontón y zona recreativa infantil bien cuidada; y serpenteando los huertos, que antaño parecían jardines de bien cuidados, el cauce del regajo en fase de canalización para evitar posibles inundaciones de las lluvias que no llegan, obra perfectamente adaptable a infraestructura turística, según ideas y necesidades. Al frente la carretera, que roza el pueblo sin molestarlo y desde donde el viajero puede contemplar tranquilamente la panorámica de un pueblo bonito y bien cuidado.

El Alto Garzón

Alzando suavemente la vista, al frente, nuestro querido e inconfundible Alto Garzón, cubierto de sabina pudia, perfumado con mil olores, ajedrea, tomillo, salvia, espliego, camomila, etc., que fue posición fuertemente guardada durante la guerra; y a la derecha la suave loma del Toconar y más al fondo el Alto de la Laguna, desde donde el célebre artillero Atilano disparaba sus cañones hacia Teruel y en su base la Laguna, este año seca, pero sin que por ello le falte la visita constante de los bezanos, con sus casas todavía habitables, sus

sabinas centenarias y hermosas y barranco abajo Las Casillas, pequeño poblado deshabitado y casi en ruina total. Y la Peña de la Cruz a 1.534 metros de altitud, durante la guerra un auténtico fortín y convertida hoy en activo vigilante de la paz, y el Calvillón, altiva y graciosa cresta de aristas cortantes, fortín durante la guerra y de donde no hace mucho se llevó piedra a Manises para hacer cerámica fina.

Y aquí mismo, al lado del pueblo, al alcance de la mano, a un tiro de piedra las preciosas montañas del Brial y el Alto de la Fuente, topónimo de la que por allí hay y se cría, agua, hierba, brezo, gayubazo, espino, guillomo, endrino, rebollos y quejigos, enebros y gran cantidad de especies más, té, orégano, árnica, etc.

Y a mis espaldas asoman las crestas del Morrón y el Collado del Escalón, atravesado por el GR-10 y más allá, tras la depresión preciosísima de Los Callejones, que roza los últimos pajares del pueblo, aparece majestuosa la minicordillera de Dehesas Nuevas, con la imponente mole de Sierra Carbonera, de 1.450 metros de altitud y detrás Gea de Albarracín a 12 kms. de Bezas y más hacia arriba Albarracín a 15 kms. también de Bezas. Un triángulo de montes preciosos para disfrutar de una naturaleza todavía muy bien conservada.

El pueblo

Mientras contemplo a mis pies y a mi alrededor la hermosa panorámica de mi pueblo, y miro una y otra vez su torre chata, testigo silencioso de tantos avatares por los que el pueblo y sus gentes han pasado, pienso, sueño con que todavía me será concedido el gozo de ver convertidos en realidades al menos alguno de mis sueños para que mi pueblo y tantos pueblos sigan vivos.

Este pueblo que está ahí donde nace la Sierra, bella y muy interesante comarca a 21 kilómetros de Teruel. Un ecosistema, una climatología seca y ruda, que le dan su encanto especial. En el mismo centro de este incomparable paisaje natural del Rodeno, declarado Paisaje Protegido, conjunto artístico de la naturaleza, parte inseparable de un todo de unos treinta kilómetros de largo, desde Albarracín hasta Tormón, al mismo límite de Valencia en el Rincón de Ademúz, cuajado de bellezas, paisaje histórico interesantísimo, cuyas huellas se ven y se tocan, con una envidiable riqueza en pinturas rupestres y abundantes restos arqueológicos, que el visitante busca y le cuesta encontrar, estando además atravesado por un importante sendero debidamente señalizado. Aquí no hay grandes templos ni santuarios del arte antiguos, todo es humilde pero muestra lo natural.

Como superviviente casi único del equipo que un día ya lejano descubrió tantas cosas interesantes, me duele que los responsables comarcales y provinciales, los más obligados a difundir nuestra cultura autóctona de esta singular Sierra, no distribuyan mejor el dinero y las voluntades, tendiendo la mano a los vecinos más desfavorecidos.

La identidad

Contemplamos con asombro e impotencia, con rabia, cómo desaparecían y siguen desapareciendo las huellas de identidad del pasado cultural de nuestros lejanos abuelos, legado que ellos nos dejaron después de haberlo cuidado con cariño, y que si no son eso, templos del arte precisamente, para sí lo quisieran otros.

En muchos de estos pueblos de la Sierra no se acierta a comprender, cómo formando parte de una Comunidad cuya capitalidad ostenta una ciudad tan archifamosa como Albarracín, enclavada en el mismo entorno físico, donde administraciones distintas invierten tanto dinero, casi exclusivamente en su casco urbano, sin apenas rebasar sus muros, el viajero se encuentre a los pocos kilómetros un tanto desorientado, por unas deficientes señalizaciones de las carreteras en lugares importantes de cara al turismo, único medio que por allí se contempla para el futuro. Me estoy refiriendo a los pueblos de la vertiente sur, que atraviesan la carretera Teruel-Toril, verdaderos cenicientas de la Sierra.

Da la triste impresión de que los regidores, de Albarracín, que a su vez lo son en mucho de toda la Sierra, pretenden centralizar todo signo de desarrollo turístico en su ciudad, donde por cierto ya no se cabe y ellos lo saben, como un tanto temerosos del pequeño, por si les araña unos pocos duros procedentes de este sector del turismo, que son tan necesarios para hacer de cada pequeño pueblo parada y fonda, donde se pueda hacer un alto para descansar, hilvanar ideas, conocer formas de vida, gentes nuevas. Hagámosles grata su estancia también en los pueblos pequeños, antes o después de estar en Albarracín.

Bezas

Aquí en Bezas sí que se puede hablar, como testigos que somos y bajo nuestra propia responsabilidad claro, sin implicaciones beligerantes para nuestros vecinos pueblos. Tenemos un pueblo precioso, muy bien situado y comunicado y nuestros numerosos visitantes, cada vez más, ni siquiera pueden disfrutar de la fonda a que todo viajero tiene derecho, se carece de servicios hosteleros. Sí, nos

dicen que el pueblo es muy interesante y bonito, que está muy limpio, bien cuidado, pero siempre preguntan dónde se puede hacer parada y fonda. Tenemos médico residente, que no es poco, panadería, aguas potables abundantes, servicio de recogida de basuras, paisajes extraordinarios y bellos; pero falta infraestructura turística y nuestros visitantes no lo comprenden, se marchan desilusionados.

Me honra manifestar públicamente la gran cantidad de folletos turísticos, mapas y muchas referencias de toda la Sierra, con que obsequio a muchos visitantes durante el verano, que al pasar por mi puerta, en su viajes desde Albarracín o Gea, solicitan información de la zona. Compensa ver a esos viajeros, de las más distintas procedencias, su cara de complacencia cuando reciben la información que se les puede dar, aunque duela tener que decirles que si quieren comer o pernoctar tendrán que deshacer el camino que han hecho y volver sobre sus pasos o marcharse a Teruel.

He dicho más de una vez en este mismo diario, que Albarracín saldría ganando si un día se diera cuenta que se está ahogando entre sus propios muros y orientara a sus turistas hacia estas zonas limítrofes. No solamente Sierra adentro, sino al sur, este magnífico triángulo de la Sierra baja puede enriquecer al turista. Distancias cortas y fáciles de hacer, ausencias limitadas que llevarían presencia y algo de dinero a esa pequeña comarca, sin que por ello el turista dejara su hotel de Albarracín y de comprar en sus tiendas.

GR-10

Ese sendero GR-10 del que se puede sacar mucho rendimiento, para el que forzosamente hay que constar con Bezas, que lo atraviesa por el mismo centro urbano. Hay que preocuparse mucho más y no poner obstáculos para el desarrollo de infraestructuras turísticas, formar un todo de esas cuantas cosas interesantes que hoy están diseminadas.

Deben encontrarse las soluciones para que no solamente sea Albarracín y dos o tres pueblos más los que se lleven al turista. El total de la Sierra necesita más presencia de gente y si fuera factible habría que llevar nuevos habitantes de otros lugares. De cara a una explotación racional y bien orientada, tanto de los recursos de los montes como el sector turístico, puede que en breve falten gentes. Cada familia o ser nuevo instalado puede convertirse en signo esperanzador para que la Sierra no sea pronto un desierto, o algún gobierno de irresponsables la convierta en un peligroso vertedero.